

REVISTA SITIO (1981-87): LA APELACIÓN AL ENSAYO EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ARGENTINA

Rodrigo López
(Universidad de Buenos Aires)

I.

En su número dual 4/5, de mayo de 1985, la revista *Sitio* (1981-87) dedica un dossier por entero al ensayo: a modo de editorial, el artículo titulado «Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino» encuentra, en cierta tradición ensayística propiamente argentina –en cuyo legado reconoce nombres como Martínez Estrada, Murena, Masotta, Viñas, entre otros–, «la *convicción* de que la escritura es un campo de batalla, del que se puede huir pero al que no se puede entrar impunemente» [Grüner, 2016: 42]. En estos términos, «convicción» y «pasión» resultan, para *Sitio*, el instrumento y objeto del ensayista y del ensayo, entendido éste, específicamente, como «práctica polémica de afirmación de un saber provisional, hipotético, pero siempre desafiante de los discursos –hegemónicos o no– que lo rodean» [Grüner, 2016: 42]. Como bien señala Roxana Patiño, el estudio de revistas culturales, tanto por su afán de intervención en la esfera pública como por la periodicidad de su publicación, permite dar cuenta del entramado imaginario y simbólico de un estado de situación socio-cultural: considerando la «implícita conciencia de fugacidad» que las anima, un abordaje crítico a dichas revistas habilita reconocer, en ellas, la «búsqueda de los impulsos de un cambio cultural, de su nervio por un futuro a todas luces inminente y por un presente que deja de serlo por imperio de una escritura que sentencia su agotamiento» [2006: 2]. En este marco, ¿de qué modo la apelación al ensayo, en *Sitio* y dado el umbral cronológico y social de transición democrática en que se inscribe su publicación, constituye una particular posición enunciativa, capaz de desafiar las prácticas discursivas con

las cuales la revista convive? A fin de afrontar este interrogante, resulta imprescindible una previa contextualización de las escenas política y literaria en las que emerge *Sitio*, para así delimitar su contribución específica respecto de sus coyunturales debates intelectuales, suscitados por la reinstauración de la democracia argentina a mediados de la década de 1980.

II.

En 1981, con el recambio presidencial del Gral. Videla al Gral. Viola, y luego al Gral. Galtieri, se perfilan en Argentina las condiciones para una apertura democrática. La derrota de la Guerra de Malvinas, en junio de 1982, sumada a la crisis económica interna y el descrédito internacional –vinculado a la violación sistemática de derechos humanos–, acelera la transición y la reinstauración del régimen democrático se realiza, finalmente, en diciembre de 1983, tras más de siete años de gobierno dictatorial. La transición político-gubernamental, a su vez, implica la reconstrucción de las esferas pública y cultural, acalladas por la censura y la represión ejercidas por el denominado Proceso de Reorganización Nacional:

la reestructuración parcial o total de sus tradiciones ideológico-políticas genera consecuentemente una crisis en los paradigmas estético-culturales predominantes en el campo y una redefinición de las tradiciones culturales, de sus relaciones con la política, del lugar y de la función del intelectual y el artista. La literatura es parte de este proceso general, y tal vez uno de sus escenarios más privilegiados [Patiño, 2006: 3].

Silvia Sigal, en su ya icónico trabajo *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, traza una frontera cronológica, alrededor del pasaje entre los años 1960/70, con la cual diferenciar dos momentos respecto de la ubicación de los intelectuales al interior del campo cultural argentino, así como de su vínculo con la praxis política propiamente dicha. El primer momento, característico de la década de 1960, se encuentra signado por el rol del «intelectual comprometido», el cual distingue entre su práctica artística y cultural, por un lado, y su práctica política, por otro, para así asumir un posicionamiento político que, sin embargo y conforme se aproxima el umbral de la década de 1970, mina progresivamente la autonomía relativa de su obra. Al avanzar la primera mitad de los años setenta, la militancia política del intelectual, ahora plenamente identificado con su labor revolucionaria, acaba por subsumir su práctica específicamente cultural: «[este]

momento fue caracterizado por una fusión entre autor y obra, y por la disolución de la identidad del intelectual, de la distancia entre pensamiento y comportamiento. Se trata de los años que implantan, también en Argentina, una idea dominante: “todo es política”» [Sigal, 1991: 249]. Tras el fracaso de la lucha armada y las expectativas revolucionarias, seguidas por el terror del gobierno de facto y la represión dirigida a toda práctica discursiva, la década de 1980 impone la necesidad de reconsiderar el rol de los intelectuales en la sociedad argentina. Como dice Ariel Idez:

si durante los primeros años de la dictadura el intelectual podía seguir ostentando un halo «heroico» en el mero hecho de continuar ejerciendo su práctica contra todas las dificultades y peligros que imponía una coyuntura realmente adversa, [...] con el debilitamiento de la dictadura y la transición democrática en el marco de un horizonte posible, ya no era suficiente el mero ejercicio del disenso y se tornaba necesario una revisión crítica del papel jugado por los intelectuales en las décadas pasadas junto con el debate acerca del lugar que éstos ocuparían en un probable escenario de retorno de la democracia [2011: 7-8].

En este escenario irrumpe la revista *Sitio*, cuyo primer número se publica en diciembre de 1981 y en el cual se interpela abiertamente al lector: «aventúrese a una idea: queremos hacer un SITIO abstemio de la comodidad» [1981: 2]. Daniel Link, en un recuento retrospectivo de su propia experiencia de lectura de la revista, recoge el llamado y afirma:

«Sitio» es un lugar, pero también una situación intolerable, si pensamos en el «Estado de sitio» o en el «Estado de excepción» del que nos despertamos en 1983 de la mano de una revista que nos enseñó a leer, pero sobre todo a escribir y a intervenir (porque la lectura y la escritura no eran por entonces sino formas de intervención en un campo devastado por la noche negra del desastre) [2015: 631].

III.

Se perfila, de esta manera, la interrogación crítica que *Sitio*, a lo largo de seis números publicados entre 1981 y 1987¹, los cuales atraviesan por completo el período de transición democrática

¹ El primer número corresponde a diciembre de 1981, el segundo a noviembre de 1982, el tercero a agosto de 1983, el número doble, cuarto y quinto, a mayo de 1985 y el sexto a mayo de 1987.

sobrellevado por la sociedad argentina, realiza respecto de la figura de intelectual y de la posición enunciativa desde la cual éste ha de intervenir en los debates públicos. Alberto Giordano propone un abordaje de esta interrogación efectuada por *Sitio*, del vínculo que la revista establece entre literatura y política, desde una perspectiva ética. Ésta supone, en primer lugar:

No querer apreciar la literatura desde la política, es decir, no querer identificar el valor de los textos literarios según las evaluaciones implicadas en conflictos morales anteriores y exteriores a la existencia de esos textos, sino más bien apreciar la política desde la literatura, es decir, interpretar, desde la excentricidad de la perspectiva literaria, el juego de diferencias singulares que envuelven imperceptiblemente esos conflictos [1999: 101].

Resultan particularmente significativos, desde esta perspectiva ética, los «Entredichos» con que *Sitio* inaugura cada número, los cuales sustituyen al clásico «Editorial» con que las revistas culturales suelen iniciar sus publicaciones y donde, a modo de pronunciamiento colectivo, declaran sus principios, sus propósitos y el estado de situación que justificaría su existencia. El primer número de *Sitio*, de esta manera, enfatiza particularmente la posición enunciativa desde la cual sus redactores inauguran su proyecto:

Suele llamarse editorial a esa especie de prólogo de las revistas en el que la voz se vuelve más grave: llamado a la seducción, declaración de principios, hábito de decir lo que se quiere decir antes de decirlo. Casi nunca lleva firma y se atribuye paradójicamente a los responsables. Hay que revelar que no encontramos quien procurara volverse responsable ausentándose de su nombre. [...] Las notas que siguen llevan firma para no sugerir un autor colectivo. Tratan de asuntos ya juzgados, prejuizados y que, sin embargo, todavía despiertan pasiones y provocan silencios. Asuntos que volvimos a discutir entre todos, a sacudir, a poner en entredicho mientras hacíamos la revista [1981: 3].

La irrupción de *Sitio* en la escena literaria argentina, entonces, condensa su apuesta en este primer texto, el cual ofrece una perspectiva programática articulada alrededor de dos ejes basales: el nombre propio y el entredicho como modos de interrogación discursiva. Como afirma Maximiliano Crespi:

Los «Entredichos» son textos escritos bajo la convicción que lo entredicho es ante todo soportado por un cuerpo concreto y dirigido a otros cuerpos concretos. [...] *Sitio* opta por poner el cuerpo en el nombre propio y desde ahí plantear los «Entredichos» siempre en términos de lenguaje. Esto porque se escribe bajo la convicción de que el intelectual no puede atacar a los poderes constituidos sino a través de un ataque a los lenguajes –a su dispositivo de verdad– sobre lo que esos poderes se instituyen, se legitiman, se enmascaran y finalmente se perpetúan [2011: 117].

En las perspectivas críticas de *Sitio*, se asume por completo la oposición entre arte y cultura, «al punto que la literatura (el arte) se define y *hace política* a partir de los modos en que negativiza los dispositivos con que funciona la Cultura» [2011: 127]. Jorge Jinkis firma el primer «Entredicho» de la revista, y allí sintetiza paradigmáticamente la concepción del vínculo entre literatura y política que anima a *Sitio*, la interrogación radical de todo discurso, moral y poder establecidos, siempre en el terreno de disputa que le es propio y específico, es decir, el lenguaje:

Me place recordar que una *política de la cultura* se ha vuelto un sintagma impotente, y aunque la palabra «política» resiste inexplicablemente los anacronismos del pensamiento reglamentado, «cultura» se ha corroído hasta pudrirse. Y sin embargo, si hacemos una cuestión de palabras es porque nos parece posible sostener en la palabra una política consecuente que permita no combatir (¿qué más pediría el síntoma?), sino interpretar ese universo de lenguaje [1981: 3]

En esta línea, Jinkis continúa el embiste contra la cultura, entendida ésta en tanto estado de discurso y poder constituidos, y lanza el desafío: «¿Cómo distinguir –en todos los sentidos del término– a la literatura del uso que cada momento histórico hace de los textos para determinar un sentido y encontrarle una función en la cultura?» [1981: 4]. He allí la dimensión inmediata e inherentemente política del acto literario: si «política de la cultura» no es más que un sintagma impotente, el potencial de una «política de la literatura», en cambio, reside en la resistencia de los textos a ser asimilados, a ser domesticados bajo el rótulo de un sentido y una función determinadas, para así afirmar una diferencia esencial e irreductible entre la literatura y el *status quo* discursivo y cultural: «la literatura vive de esa imposibilidad de responder a las demandas

sociales y del disentimiento con el bien supremo de la moral de turno» [1981: 5]. Jinkis enlaza, luego, el doble eje que anima a *Sitio*, ya mencionado anteriormente: la puesta en entredicho de toda pretensión utilitaria, propia de la literatura como tal, y el nombre propio de quienes firman los artículos de la revista. De esta manera, se pregunta: «¿Cómo hacer lugar para este no-lugar de lo injustificado?». La respuesta reside en el cuerpo a cuerpo detrás de cada «Entredicho»: «ante todo, no haciendo de *Sitio* un sitio único. Pero no hay peligro; hay entre los que hacen esta revista una amistad que no encubre diferencias, que se nutre de ellas. [...] Abrir una discusión no es como se dice para dejar abiertas las cuestiones sino para situarlas mejor» [1981: 5].

Eduardo Grüner, en el segundo entredicho del primer número de *Sitio*, retoma y compendia los alegatos de Jinkis a favor de una búsqueda específicamente literaria de la escritura: «el lugar de lo literario –de la ‘literariedad’, como se decía hace tiempo– es el de esa interrogación. Que no podría coincidir ni con la plena certidumbre ni con la Nada, sino que sobrelleva su vigilia en el acoso insistente de esos dos antagonistas, en permanente estado de *sitio*» [1981:6]. De este modo, la revista, así como los escritores que a nombre personal firman sus artículos, encuentran su sitio de enunciación en la perspectiva excéntrica con que la literatura, en su especificidad y su medio propio, el lenguaje, se revela capaz de interrogar los regímenes de discurso establecidos:

Se cree hacerle un favor a la literatura (¿o es a los literatos?) cuando se invoca su ‘utilidad’ social, cuando se convoca en su auxilio a las ideologías, cuando se provoca su inclusión en alguna de las consabidas ‘prácticas’ comunitarias. Pero, ¿no es ella misma lo negativo –si no la negación– de toda utilidad, la aporía de lo ideológico? [1981: 6].

A partir de las afirmaciones de Jinkis y Grüner, y como bien reconoce Giordano, entre el sitio y el entredicho se acentúa la posición enunciativa con que la revista subraya su intervención en los debates públicos. Los «Entredichos», así, implican no solo el acto crítico de entrededir un asunto de actualidad socio-cultural, en los intersticios de los discursos imperantes, sino además el gesto de poner este asunto explícitamente en discusión, sostenido en un nombre propio y enfrentado a otro nombre propio:

«Entredichos», entonces, porque allí se *entre-dice*, pero también porque son un lugar destinado a *poner en entredicho* los discursos que sostienen los «intelectuales» de nuestro medio. En *Sitio* se sabe que discutir suele ser el mejor modo de plantear una cuestión,

es decir, de formularla como un problema. Y para ser consecuentes con ese saber, los «Entredichos» son un ejercicio constante de *polémica*, una constante afirmación, por la escritura, de una «ética de las diferencias» [1999: 91].

IV.

En el ya citado «Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino», del número 4/5, *Sitio* apela al ensayo como la forma de escritura idónea con la cual sostener esta posición enunciativa, esta interrogación radical de las prácticas discursivas imperantes. Vale recordar que, al inaugurar el dossier que la revista dedica al ensayo, éste es definido como una «práctica polémica de afirmación de un saber provisional, hipotético, pero siempre desafiante de los discursos –hegemónicos o no– que lo rodean» [Grüner, 2016: 42]. Dice Giordano:

El ensayo es para *Sitio* menos un género crítico más pertinente que otros que una perspectiva ética para situarse y situar el medio intelectual en el que viene a decir su diferencia. Si en mayo de 1985 *Sitio* evalúa una «decadencia del ensayo argentino», lo hace a la vez para interpretar esa decadencia como un síntoma del dominio de valores «liberales» en el discurso de la crítica literaria de nuestro país y para inventarse una tradición [1999: 95].

De este modo, en una tradición que comenzaría en Sarmiento y Alberdi para llegar a Martínez Estrada, Murena, así como al núcleo de la revista *Contorno* (Viñas, Masotta, Rozitchner, Jitrik, entre otros), *Sitio* reconoce «un mismo vínculo con el *estilo* –con ese punzón de tallar letras– que evoca y convoca lo que no nos privaremos de llamar una *pasión*: [...] un apasionado ‘ir hacia’ un reposo (que solo podría ser el del guerrero) *de y en la palabra*» [Grüner, 2016: 42]. La dimensión política del ensayo, entonces, se localiza inherentemente en el estilo del ensayista, en una escritura que hace de la polémica su forma y su contenido. Si el entredicho, como horizonte crítico de *Sitio*, implica un nombre propio frente al cual polemizar, la recuperación de la tradición ensayística argentina se demarca frente a un contexto y un adversario precisos: se circunscribe, así, «un languidecimiento del discurso en las tibiezas del ‘universalismo’ y el mercado cultural, que promueve la figura del ensayista aséptico y *profesional*, que no *escribe*: se limita a describir, o a declamar un recocado ecléctico de discursillos ajenos» [2016: 42]. Frente a un posicionamiento intelectual, en auge durante los años inmediatamente posteriores al

retorno democrático, identificado con el pluralismo academicista, tecnocrático y especializado, *Sitio* revaloriza una figura de ensayista «[que] fue frecuentemente, además, poeta o novelista, y siempre “hombre político” (no miembro de un partido, no recetador de ideologemas: *político*, es decir, interpelador de la *polis*, cualquiera fuese su “tema”» [2016: 42]. *Sitio* reconoce la decadencia del ensayo argentino, en definitiva, «allí donde el progreliberalismo [...] redescubre el relativismo y la neutralidad valorativa (y a eso llama “pluralismo”» [2016: 46]. Aún más, si el ensayista se constituye como «hombre político» por su propia práctica de escritura, en tanto «interpelador de la polis», «la decadencia del ensayo es la corrupción de un imaginario de la Verdad, que no ha dejado de producir efectos verdaderos en la cultura, más allá de los contenidos de “verdad” que sostuvieran sus afirmaciones» [2016: 48].

Dada la redefinición del campo cultural, propia de la transición democrática, en cuyo marco cobra relevancia la creciente especialización y departamentalización de las instituciones académicas, *Sitio* propone una figura de intelectual alineada con el tradicional ensayista argentino –los ya mencionados Sarmiento, Murena, Viñas, etc–, y enfrentada a «la crítica científica, tal como hegemoniza hoy a la Universidad» [2016: 29]. En el sexto número de la revista, Luis Guzmán retoma esta postura e interpreta, ya en 1987, dicha redefinición del campo intelectual: denuncia la «superstición» de cientificidad universitaria, la cual sustituiría, en el marco del análisis político, a la «convicción» del ensayista, quien encuentra, en la argumentación, no un objeto de estudio sino un modo de intervención en la esfera pública: «el análisis político ha cedido su argumentación, su especificidad, a las ciencias llamadas sociales, transformándose en puro aparato tecnocrático, neutralizando con ello las consecuencias de su acción política» [1987: 51]. En resumen, la apelación al ensayo, en las páginas de *Sitio*, obedece a un modo de intervención política propiamente literario, es decir, en la especificidad de su medio, el lenguaje, donde la escritura encuentra el potencial negativo para poner en entredicho los regímenes establecidos de discurso y poder.

Un particular ejemplo de este ejercicio del ensayo lo constituye «Sarte: un Idiota sin Familia», firmado por Grüner en este mismo dossier. En *El idiota de la familia*, de Sartre, Grüner reconoce un ensayo alineado con los principios que animan a *Sitio*: «una escritura que busca en el estilo un refugio contra el dogma, que encuentra en el rigor teórico una defensa contra la seducción fácil; y, por último, en el límite entre ambos, una escritura que todo el tiempo, a medida que avanza, se traiciona a sí misma» [2016: 220]. De este modo, Grüner asienta su

propia escritura sobre la incomodidad de un ensayo que inculca «el malestar en una cultura segmentada –como se dice en los mercados– en dos zonas: la sofisticaría de la seducción vanguardista y el estoicismo de buscar, en la literatura, la sociedad» [2016: 211]. Ocuparse de *El idiota de la familia*, entonces, implica una resistencia frente a dos formas disímiles, vanguardista, por un lado, sociológica, por otro, aunque igualmente académicas, de crítica literaria: Sartre, en este ensayo, «arriesga, explora, no se impide el encuentro con lo que no buscaba. En suma: es poco aprovechable» [2016: 213]. En su carácter de no-aprovechable, justamente, reside el interés que Grüner, cuya búsqueda ensayística se orienta a la materialidad misma del acto de escritura, descubre al leer a Sartre: encuentra, en la desmesura de una escritura sin fin, que simultáneamente da cuenta y produce su tema a lo largo de más de dos mil páginas, «un incansable desplazamiento del objeto, que por lo tanto no está nunca terminado; al contrario, está siempre en vías de constitución. [...] Un trabajo de escritura que inventa su objeto, su sujeto, [...] al mismo tiempo que se inventa, ya lo dije, a sí misma» [2016: 219].

V.

Tras explicitar los lineamientos programáticos detrás de la apelación de *Sitio* al ensayo, han de analizarse particularmente tres casos en que la revista, desde la posición enunciativa esbozada en los «Entredichos», «interpela a la polis» con respecto a asuntos urgentes del debate público. Se trata de la Guerra de Malvinas y el exilio, en los números dos y tres, respectivamente, y de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, en el sexto y último número de la revista. En cada uno de estos tres puntos nodales de la transición democrática argentina, *Sitio* recurre al ensayo y la polémica, como dice Giordano, «para recordar la trama de conflictos políticos irresueltos que intentan silenciar los acuerdos en nombre del Bien común y, sobre todo, para afirmar que hay [...] recorridos singulares en los que se anonada cualquier voluntad de unidad» [1999: 100]. La interrogación radical de un estado de discurso hegemónico –el sitio que la revista, como se ha señalado, delimita para la figura del intelectual–, solo puede realizarse desde una escritura que desmonta el velo ideológico del consenso, el velo de la reconciliación comunitaria a la que aspiran tanto las operaciones ideológicas del gobierno dictatorial, en ocasión de la guerra, como del gobierno democrático, tras la promulgación de las llamadas Leyes de Impunidad. De este modo, *Sitio* interviene en un «complejo proceso de reelaboración de la función intelectual en el arco que marca la rearticulación entre capitalismo y democracia y que plantea la solapada

continuidad entre el modelo implantado por la dictadura y el de esa democracia aterrorizada que se traduce en la Ley de Obediencia Debida» [Crespi 2011: 114]. Frente a la homogeneización discursiva propia de tales regímenes, desde las páginas de la revista se afirma y revaloriza la singularidad irreductible de la «pasión» del ensayista, inherente a su «convicción» y su práctica escrituraria.

El título del «Entredicho» firmado por Jinkis, en el segundo número de la revista –publicado en noviembre de 1982, es decir, inmediatamente después de la derrota de la Guerra de Malvinas–, condensa paradigmáticamente el modo de intervención delineado con anterioridad: «Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!». Jinkis, tras el desastre de la guerra y puesto a interrogar el estado de discurso subsiguiente, se pregunta qué «cambio de sentido le cabría a la literatura de un país que para nuestra memoria histórica, para nuestra corporalidad, para nuestro estar en el mundo, fue espectador neutral de todas las guerras que durante este siglo alteraron sustancialmente la estructura material y cultural de la humanidad» [1982: 4]. Su esbozo de respuesta indica la necesidad, acorde a las búsquedas intelectuales proyectadas en el primer número de *Sitio*, de reconfigurar la perspectiva ética donde ubicar el vínculo entre literatura y política: «Ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta» [1982: 4]. Ahora bien, cómo concordar esta declaración con aquella otra, ya citada previamente, donde el mismo Jinkis afirma la irreductibilidad de la literatura a toda función utilitaria: «la literatura vive de esa imposibilidad de responder a las demandas sociales y del disenso con el bien supremo de la moral de turno» [1981: 5]. A esta aparente aporía, precisamente, apunta Néstor Perlongher, quien cuestiona, desde el exilio y en el tercer número, el desplazamiento efectuado por Jinkis, al que acusa de «didactista»: «La desalada guerra, ¿nos ha cambiado el *Sitio* de lugar?» [1983: 48]. La réplica de Jinkis, publicada en el mismo número, alega a favor de semejante cambio y lo inscribe en los lineamientos que la revista ha sostenido desde un primer momento: «Si la revista ha “cambiado” de lugar, esto solo significa que ha hablado: ha hablado precisamente allí donde se esperaba su silencio» [1983: 49]. Una vez más, la puesta en entredicho de la moral y el poder establecidos se revela como el fundamento escriturario detrás de *Sitio*, como una posición enunciativa, por sobre todo, antes que como un estable y determinado sistema discursivo.

En este mismo horizonte, dicho tercer número, publicado apenas meses antes del fin del gobierno de facto, interroga las condiciones del exilio y el retorno, tanto de los intelectuales

exiliados como de sus líneas de pensamiento, ya en vistas de la inminente reconfiguración del mapa cultural nacional. En «La Argentina, tango-canción», Jinkis vuelve a cuestionar el rol que el intelectual ocupa en este contexto de transición democrática, ahora específicamente respecto del valor político del exilio durante la dictadura militar. Remite a diversas publicaciones del medio argentino (*Humor, El porteño, Clarín*), así como al número especial que *Les temps modernes* dedica a la situación política nacional, para reconocer en ellas un discurso que solo existe en «estado de opinión», el «discurso del exilio». Éste hace de la culpa y la expiación su punto de partida, con el objetivo de apreciar retrospectivamente, a modo de autocrítica, los errores políticos de décadas pasadas: «el discurso del exilio no interpreta nada, es un discurso de la asunción de los errores cometidos y de su justificación (y en esto consiste la 'autocrítica'): la respuesta que dan por anticipado quienes se sienten en falta» [Giordano, 1999: 99]. Por esta razón, Jinkis objeta este discurso del exilio y lo califica como de «opinión», contrapuesto a un discurso inherentemente dotado de acción política, el ensayo, tal como lo entiende *Sitio*, el cual «siempre da una interpretación, y esta interpretación es un acto que impone una decisión sobre el cálculo de una conjetura» [1983: 40]. La polémica y su concretización en palabras, en un estilo, habilitan, para el ensayo, una perspectiva política que no se limita, al momento de repensar la figura del intelectual argentino, a dar una respuesta por anticipado: en lugar de una neutralización retrospectiva de posturas políticas diferenciales –adscripta por Jinkis a un ascendente discurso «liberal-progresista», el cual llama a la unidad y olvido de diferencias, en pos de un supuesto bien común–, opta por instituirse como una apuesta por la singularidad e irreductibilidad de la escritura, capaz de provocar «efectos verdaderos» en un estado instituido de cultura.

En «La Argentina como pentimento», publicado en este mismo número, Grüner refleja una misma inquietud; toma, como punto de partida de su ensayo, al «lenguaje [que], literalmente, resiste con la Verdad. Y lo hace antes de que ninguna astucia del pensamiento organice sus estrategias» [Grüner 2016:50]. Así, tal como Jinkis respecto del discurso político, Grüner polemiza contra «la avidez con que algunos medios locales se han abalanzado recientemente al rescate de “nuestra” literatura en el exilio» [2016: 57]. Encuentra, en la pretendida literatura argentina del exilio, una operación que:

[hace] de los escritores territorialmente exiliados los inventores de una suerte de “extraterritorialidad” literaria que deviene por arte de magia en categoría sociopolítica. [...] [Una] nueva noción totalizadora desde la cual se arrojan con envidiable desparpajo las diferencias con que en cada una de esas escrituras se dibuja (o no) el ‘amor de la lengua’, dimensión intransferible, erótica y ambivalente que ata al escritor con su lengua madre, aun –y más aun– cuando huye de ella [2016: 59].

De este modo, Grüner objeta la identificación de la literatura nacional con los límites político-geográficos de un territorio dado, sea «adentro» o «afuera», para sostener, en cambio, una concepción de exilio que «constituye el construir una literatura amando a la lengua contra la que se escribe» [2016: 74]. Si ha de definirse y ubicarse la literatura argentina producida durante la dictadura, entonces, ésta se encuentra en una dimensión en común, el lenguaje, «ese entre-dos que permite, precisamente, articular las distancias en un mismo espacio, que no es un territorio de origen sino de lectura, que [...] podría soportar un desmontaje del inmovilizador criterio político-geográfico» [2016: 57]. Grüner realiza, así, una apuesta ensayística por la contraposición entre escrituras diferenciales –en su tensión discursiva al interior de un campo intelectual, irreductible a su localización geográfica–, las cuales resisten la homogeneización ideológica del pensamiento liberal: «el ideal de una “convivencia”, de una “reconciliación” que en nombre de un humanismo abstracto tiende una púdica nebulosa sobre el suelo esencialmente conflictivo que soporta a la “comunidad nacional”» [2016: 60].

El último número de *Sitio*, de mayo de 1987 y dedicado por completo a la Ley de Obediencia Debida, representa una significativa intervención en la esfera pública, a tono con el «interpelador de la polis» con que la revista caracteriza al «hombre político». El «Entredicho» de este número justifica su dedicación exclusiva a un asunto, en principio, exterior a la literatura como tal: «la Literatura –la que nos interesa– no ha tenido aun tiempo de replantearse su sentido en una sociedad cuyo sistema de valores ha quedado trastocado por la sanción de la Ley de Obediencia Debida» [1987: 4]. *Sitio* patentiza, así, la urgencia por intervenir en un escenario político que «ha decidido sobre nuestra historia, hacia delante y hacia atrás»: opta, entonces, por explicitar las operaciones político-discursivas entredichas en la promulgación de la ley: «Como a la Ley de Punto Final la siguió la Ley de Obediencia Debida, a esta la seguirá... lo que se quiera pedir. [...] No pedirán, previsiblemente, menos que la Ley de “Autoamnistía”

derogada en 1984» [1987:3]. En este marco, la apelación al ensayo persiste en su desafío al régimen discursivo dominante, pero ahora encuentra su especificidad en la deconstrucción de las operaciones de lenguaje con que éste –todavía bajo amenaza de retorno del terror militar, y palmariamente condensado en la célebre declaración de Alfonsín: «¡Felices Pascuas! La casa está en orden»– impone la exculpación e impunidad de las Fuerzas Armadas. Ramón Alcalde en «Crimen y perdón», ensaya un minucioso recorrido a través de los significantes empleados en la redacción de la ley: de ese modo, examina los «ítems para un vocabulario del perdón, la culpa, la inocencia» con los cuales el fallo de la Corte Suprema connota la impostura de una «democracia que se niega a sí misma en su razón de ser, la defensa y promoción de los valores últimos de la existencia humana» [1987: 17].

VI.

A modo de reflexión en torno de la escritura de este último número, así como del asunto exclusivo al que dedica sus páginas, *Sitio* vuelve a poner en primer plano la interrogación de su propia posición enunciativa: «Nos habíamos asignado un lugar en el campo intelectual tal como estaba configurado en 1981 cuando comenzó a aparecer nuestra revista, y esta configuración había cambiado esencialmente al inaugurarse el gobierno constitucional» [1987:3]. Se explica, en estos términos, el desplazamiento –paralelo al intercambio ya citado de Jinkis y Perlongher alrededor de la cuestión del exilio– desde una postura intelectual asentada en la especificidad de la escritura literaria, en 1981, hacia otra, en 1987, que plantea la urgencia de intervenir en un debate eminentemente político. Giordano llama la atención sobre estos dos posicionamientos, a primera vista contradictorios, y encuentra allí un desvío respecto de los lineamientos originarios de la revista:

Si recordamos estos desplazamientos desde una perspectiva ética (que afirma la irreductibilidad de la literatura) hacia una perspectiva moral (que incluye a la literatura dentro de la cultura, asignándole de esa forma un sentido), no es solo para evidenciar la heterogeneidad del discurso de *Sitio*, sino fundamentalmente para demostrar lo difícil que resulta, aun para los espíritus más lucidos, sostener en determinadas coyunturas el valor de lo irreductible, permanecer indiferente a las presiones de la Moral [1999: 102].

Crespi, en contraposición, encuentra en este mismo desplazamiento el ejemplo más acabado de la irreductibilidad literaria esgrimida desde *Sitio*. Analiza precisamente este «Entredicho» y en él localiza la negatividad respecto del discurso hegemónico que, desde los primeros números de la revista, define su razón de ser:

Por ser capaz de darse cada vez «un comienzo absoluto» y de mantenerse «exenta de cualquier condicionamiento respecto (aun los preestablecidos por ella misma) al que tuviera que atenerse como norma», la literatura –la que *Sitio* elige en función de su interés– no sabe lo que es pero sí sabe lo que no es y, en función de ello, se elige «irresponsable para ejercitar con mayor plenitud su responsabilidad consigo misma» [2011: 132].

Cómo resolver la tensión entre moral y especificidad, de esta manera, constituye el interrogante alrededor del cual concluir el estudio del rol ocupado por *Sitio* en el escenario socio-cultural de la transición democrática argentina. En este sentido, un breve y puntual *excursus* a una revista no solo contemporánea a su publicación, sino además emblemática de su misma coyuntura histórica, *Punto de vista*, oficia como punto de partida de una respuesta posible. En su número 15, de agosto de 1982, Beatriz Sarlo publica una reseña con motivo de la reedición de *Literatura argentina y realidad política*, de David Viñas. Esta reseña se titula, significativamente, «La moral de la crítica» y aprecia, en los ensayos de Viñas:

que hablan de lo que realmente importa. Tomemos la literatura en serio, parecen decir. Y si esto provocó resistencias cuando se publicaron, es probable que hoy resulte más escandaloso. Pero no es posible descartarlos con un gesto o una boutade de la Teoría, en nombre de ninguna de las muertes celebradas en los últimos años: de las ideologías o del sujeto [1982: 21].

«La crítica –termina por señalar la reseña– *tiene una función*» [1982: 22]. Evidentemente, esta función no puede entenderse por fuera del valor social y político que Sarlo, al tomar la literatura «en serio», asocia con la escritura de Viñas. Ahora bien, ¿por qué contraponer esta «moral de la crítica» a una «boutade de la Teoría»? Diego Peller indica que la Teoría, en este marco, designa el «arsenal teórico de los “años dorados” del formalismo estructuralista y post-estructuralista francés: lingüística y semiología, antropología estructural, psicoanálisis lacaniano, althusserianismo,

Barthes y Kristeva, Derrida y *Tel Quel*» [2016: 19]. Resulta manifiesto, entonces, que Sarlo apunta a desligar la crítica literaria –tal como entiende ésta ha de producirse en 1982, es decir, como una crítica con función social– del ímpetu teórico y formalista predominante en décadas anteriores.

En este punto preciso se localiza la diferencia fundamental entre la apreciación de Sarlo y la apelación al ensayo que *Sitio*, tal como se ha ejemplificado, despliega en los distintos momentos de la revista. La Teoría provee el nexo coordinante entre una concepción del ensayista como «interpelador de la polis» –ya citada respecto del dossier del número 4/5–, y la afirmación que ubica su fuerza política en «el punzón de tallar letras» con que se identifica a su estilo de escritura. La procedencia intelectual de los redactores de *Sitio*, en este sentido, ofrece un ángulo crítico desde donde abordar esta singular conjunción de acción política concreta y especificidad literaria. Durante las décadas de 1960 y 1970, gran parte de los miembros del comité editorial de la revista –Jinkis, Gusmán, Levin, por ejemplo– no solo participan de revistas como *Los libros* y *Literal* – íconos de los «años dorados» de la Teoría– sino además, nucleados alrededor de Oscar Masotta, del denominado «Grupo Lacaniano de Buenos Aires», el cual introduce el psicoanálisis lacaniano en la escena nacional.

Si bien un recuento pormenorizado de los diálogos y confluencias entre literatura y psicoanálisis, hallables en múltiples momentos de *Sitio*, excede las intenciones del presente trabajo, cabe destacar, sintéticamente, la pregnancia de conceptualizaciones psicoanalíticas en la escritura de sus autores. Como señala Carlos Kuri respecto de Gusmán, esta pregnancia no ha de encontrarse, reductora y biográficamente, en su formación profesional psicoanalítica, sino, más bien, en «un tratamiento del lenguaje que no ignora al psicoanálisis» [2015:200]. Jinkis, en esta misma sintonía, bosqueja una aproximación psicoanalítica a la práctica de la crítica y, más específicamente, del ensayo:

En un sentido, es improcedente construir desde el psicoanálisis algo que funcione como un marco para cualquier otra práctica intelectual, y no sólo en el sentido de «aplicar» algún saber a campos constituidos por una tradición preexistente, aunque tengan límites borrosos. [...] Pero también es cierto que la interpretación psicoanalítica [...] no encuentra razones para detenerse ante nada que se presente como saber. Y en esa marcha, uno lleva a cuestas, sin necesidad de tenerlo presente, las marcas que provienen de esa práctica que es la nuestra [2011: 7].

La tensión entre especificidad y moral señalada alrededor de la revista ha de resolverse, entonces, con la tensión que instala, a su vez y entre las disciplinas que la conforman, el denominador común de la Teoría. De este modo, la noción de «intelectual teórico», propuesta por Masotta en *Conciencia y estructura*, condensa la perspectiva desde la cual *Sitio* se impuso la tarea de reconsiderar el rol del intelectual en la transición democrática. Allí, puesto a justificar el viraje de su propia trayectoria de pensamiento, desde el compromiso sartreano al estructuralismo y al psicoanálisis –de manera de no detenerse, como dice Jinkis, ante nada que se presente como saber–, Masotta expone:

Lo que he cambiado tal vez es la manera de entender el rol del intelectual en el proceso histórico: cada vez comprendo más hasta qué punto ese rol tiene que ser «teórico»; esto es, que si uno se ha dado la tarea de pensar, no hay otra salida que tratar de hacerlo lo más profundamente, lo más correctamente posible [2010: 30].

En la línea de Masotta, la Teoría, como indica Peller, instaura un distanciamiento entre el sujeto y su propio lenguaje², para así dar lugar a una puesta en cuestión de la propia palabra: «Teoría es el nombre de esa distancia de sí a sí, de ese hiato que permitiría al sujeto desmontarse a sí mismo en tanto semblante» [2016: 238]. La opción de *Sitio* por el ensayo, enmarcada en la reconfiguración del campo intelectual argentino, se orienta *teóricamente* hacia una posición enunciativa desde la cual intervenir públicamente en la transición democrática. Esto explica y dilucida la aparente contradicción en el desplazamiento desde una perspectiva de intervención propiamente literaria, en el primer número, hacia una interpelación estrictamente política, en el último. En definitiva, el ensayo instala un medio en común entre ambos posicionamientos, el lenguaje, y se revela como una práctica de escritura que, además de interrogar el régimen de discurso dominante, no renuncia al cuestionamiento radical del propio acto de enunciación. Entre 1981 y 1987, entre la búsqueda de especificidad literaria y la impugnación polémica de la Ley de Obediencia

2 Eliseo Verón, en un artículo publicado en el primer número de la revista *LENGUAjes*, reconoce en Masotta «la preocupación por la determinación teórica del status de la conciencia». Verón explicita, de este modo, la injerencia del psicoanálisis en los planteos de la Teoría: «solo en Lacan, a mi juicio, Masotta encuentra las condiciones necesarias de una teoría que *da cuenta de la conciencia*, en el sentido fenomenológico del término, mostrando la absoluta no coincidencia entre el sujeto y la significación» [1974].

Debida, *Sitio* hace del ensayo el dispositivo de un desafío abierto a todo estado de discurso establecido, incluso el propio, para así evitar, como dice Grüner en su «Entredicho» del número inaugural, «sumergirse en la charca de la moralina» [1981: 5].

BIBLIOGRAFÍA

CRESPI, Maximiliano (2011): *La conspiración de las formas. Apuntes sobre el jeroglífico literario*, La Plata, UNIPE Editorial Universitaria.

GIORDANO, Alberto (1999): *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, Buenos Aires, Colihue.

——— (ed.) (2011): *Una poética de la interrupción. Ensayos para Juan B. Ritvo*, Rosario, Paradoxa.

GRÜNER, Eduardo (2016): *Un género culpable*, Buenos Aires, Ediciones Godot.

IDEZ, Ariel (2011): «La revista Sitio y la reconfiguración del campo intelectual en los años de transición democrática», IX Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

KURI, Carlos (2015): *Estética de lo pulsional. Lazo y exclusión entre psicoanálisis y arte*, Buenos Aires, Letra Viva.

LINK, Daniel (2015): *Suturas. Imágenes, escritura, vida*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

MASOTTA, Oscar (2010): *Conciencia y estructura*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

PATIÑO, Roxana (2006): «Revistas literarias y culturales argentinas de los 80: Usinas para pensar una época», *Ínsula*, 715-716, pp. 2-5.

PELLER, Diego (2016): *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*, Buenos Aires, Santiago Arcos editor.

SARLO, Beatriz (1982): «La moral de la crítica», *Punto de vista*, 15, pp. 21-22.

SIGAL, Silvia (1991): *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

VERÓN, Eliseo (1974): «Acerca de la producción social del conocimiento: el estructuralismo y la semiología en Argentina y Chile», *LENGUAjes*, 1, pp. 96-125.